

EL TIMON Y LA TORMENTA

México vive una de las crisis económicas más severas de su historia. No es, por supuesto, la primera vez que estamos en un brete y recordarlo no deja de ser un consuelo. Hay en la memoria una moraleja implícita: si salimos de aquellas, saldremos de ésta. Hace justamente cien años, presionado por la caída de los precios de la plata, el Presidente Manuel González puso en circulación la fugaz moneda de níquel que provocó la suspicacia pública, le costó la popularidad y por poco la vida. En 1907, Limantour sorteó a medias una crisis financiera de tal magnitud que algunos historiadores la consideran un antecedente fundamental de la Revolución. Entre 1913 y 1916 se vieron en México escenas que recuerdan un poco a las de estos últimos meses: fuga de divisas a cuentas en Estados Unidos, devaluación vertiginosa de la moneda (el "bilimbique"), alza de precios en los productos básicos, incautación bancaria. Las razones de urgencia ante la aguda crisis nacional que adujo Luis Cabrera contra los representantes del antiguo régimen bancario parecen prodigiosamente actuales: "Lo que hizo el Gobierno del Presidente Carranza lo hubiera hecho cualquier gobierno del mundo en similares circunstancias."

Una analogía más cercana ocurrió en el año de 1926. Llegaba a su fin el quinquenio de la abundancia. La obra de la Secretaría de Educación, orgullo del régimen, se había realizado, en buena medida, con los ingresos petroleros de 1921. Todos los renglones de la economía marchaban de modo ascendente. Calles se propuso entonces cambiar la faz del país en cuatro años y orquestó una suerte de N.E.P. mexicana: funda el Banco de México, el de Crédito Agrícola, la Comisión Nacional de Caminos, la de Irrigación, Escuelas Centrales Agrícolas, etc... Por desgracia, factores externos —como la baja de los ingresos petroleros y argentíferos— detienen el ambicioso, aunque no desmesurado, plan de Calles, Pani y Gómez Morín. De pronto, el país entra en una crisis de la que no saldría cabalmente sino hasta el *New Deal*: bracerismo, desempleo, cierre de empresas, paros, huelgas, moratoria en la deuda externa. Mientras las relaciones con Estados Unidos llegan al borde de la ruptura, Calles desata la Guerra Cristera. En 1928 Dwight Morrow aparece para arreglar "the small business" (México). Nuestra relativa autarquía nos defiende un tanto del derrumbe de 1929 pero la depresión persiste, con matices, hasta que en 1933 nos levanta el repunte de la plata.

La era del talón oro no terminó con las convulsiones. Cárdenas mantuvo el peso sobrevaluado y financió buena parte de su programa social mediante el famoso sobregiro contra el Banco de México. A raíz de la Expropiación Petrolera sufrimos inflación, fuga creciente de divisas y una disminución de las reservas hasta que, oportunamente, la Guerra nos rescató de la crisis. En 1946, Alemán introdu-

jo un ambicioso plan de inversiones públicas que casi duplica el gasto entre 1946 y 1948. Como ahora, la cara oscura del crecimiento fue la reducción en la reserva, la fuga de capitales y la devaluación. 1954 y 1976 son los dos capítulos siguientes en la historia de un problema esencial: gastar el dinero que no se tiene. De cada crisis nos ha rescatado, en cierta medida, el azar: el petróleo en 1921, la plata en 33, la Guerra en 39. En 1976 el petróleo parecía, de nueva cuenta, la salvación, pero esta vez la salvación definitiva. Era "ahora o nunca", nuestro pasaporte seguro a la modernidad.

Todas estas encrucijadas fueron, en su momento, graves y riesgosas, tanto como la actual en términos relativos internos, quizá no en términos cualitativos y absolutos. Por primera vez, la crisis mexicana se inscribe profundamente en el entramado internacional al grado de hacer temblar a los bancos más importantes del mundo. Y por primera vez, a pesar de nuestra importante renta petrolera, los números son de veras espeluznantes: una devaluación de 22 a 70 pesos por dólar en seis meses y una inflación que pasará del 15% en 1973 a un posible —y temible— 100% este año. La deuda estimada supera los 80 mil millones de dólares y es —todos lo sabemos— la más alta del mundo. En fin, en 1981 nuestro crecimiento había alcanzado el 9%; en 1982 será nulo. Pero lo decisivo es que también por primera vez en nuestra historia, alguien más importante que el Fondo Monetario Internacional parece habernos cerrado el crédito: la Providencia. Estamos obligados a buscar en nosotros mismos, por nosotros mismos, la solución de nuestra crisis.

Es imposible saber ahora si las decisiones anunciadas el 10. de septiembre serán la palanca que el país requiere para superar la crisis económica. Pero lo cierto es que la exaltación, los raros y hermosos momentos de solidaridad, los instantes en que la fe encarna pueden empañar el exámen claro del problema en sus raíces, desarrollo y consecuencias. Hay muchos ejemplos históricos en los que el fervor oprime la inteligencia. Uno entre muchos: en la República de Weimar, en 1922, el celo nacionalista ocultó, con enormes costos, la dimensión verdadera de la bancarrota económica. De ahí que sea necesario, para pensar la crisis, hacer una distinción fundamental y dividirla en dos etapas: antes y después de la exaltación, antes y después del 10. de septiembre. La mejor guía es el propio Informe: fue el método que empleó el Presidente para explicar, primero, su versión de la historia y después para variar su cauce.

I LA TORMENTA

Legítima defensa

"Soy responsable del timón pero no de la tormenta", dijo

el Presidente. Su Informe fue la bitácora de un timonel que no admite su parte en el naufragio, y que atribuye las desgracias a los ingobernables elementos y al motín de los "sacadólares". La caída de los precios petroleros y el incremento de las tasas de interés fueron factores determinantes en el problema. Pudo haber agregado uno: la manga ancha de la banca internacional. Por otra parte, la ira apenas contenida con que López Portillo reveló las cifras de la fuga de capitales no podía estar más justificada: 14 mil millones de dólares en cuentas al extranjero; 30 mil millones en propiedades inmuebles de los cuales 8,500 son por concepto de enganches. Si a esas sumas se adicionan 12 mil millones de mex-dólares se alcanzan las 2/3 partes de la deuda pública. Aunque este motín —cosa que se olvida— no tuvo conexión directa ni causal con la deuda, fue un capítulo lamentable. Lo que México vivió este sexenio no fue un saqueo: fue una deserción nacional.

Igualmente razonable fue su exposición de la cara positiva de su periodo. Algún día, si los mexicanos logramos construir la democracia a la que mayoritariamente aspiramos, López Portillo será recordado como el Presidente de la Reforma Política. A diferencia de sus dos antecesores, deja su cargo, en verdad, con las manos limpias de sangre. No habrá fechas de muerte en su calendario: ni 2 de octubre ni 10 de junio. No se olvidarán tampoco los aspectos sonrientes de su gestión económica y social, cifras y datos alentadores por donde quiera que se les vea: primaria para todos los niños, expansión en los servicios médicos, dotación de agua, energía, transporte público, 4,258,000 nuevos empleos, incremento del 60% en la producción de granos y oleaginosas (SAM).

La política económica del régimen —dijo el Presidente— empleó el ingreso petrolero para acelerar el ritmo de nuestro desarrollo: no crecer entonces —afirmó— habría sido una cobardía, una estupidez; no había otro modo de cimentar con celeridad nuestra planta industrial y acrecentar el empleo; el tiempo histórico no ha sido propicio para México: había que remontarlo. Ahora, dijo, gracias a este plan totalizador "tenemos infraestructura, tenemos capacidad organizada y un lugar preponderante en el mercado comercial y financiero del mundo". Y crecimos a una tasa 60% superior al promedio mundial, 20% más alta que la media de los países subdesarrollados y del doble en relación al Primer mundo. En el discurso presidencial, la inversión y el crecimiento no sólo aparecen como la cara positiva de la crisis sino como una realidad que, en cierto modo y en un nivel histórico más amplio, la desmienten.

Aún sin compartir las premisas del Presidente hay que aceptar que si el proyecto fracasó no fue por un manejo a espaldas del público. No fueron muchas las voces que se unieron a Heberto Castillo en sus lúgubres y continuas premoniciones. En la prensa, en las Cámaras, en coloquios y mesas redondas, en las Ligas y Colegios Profesionales, en corrillos y cafés, tiros y troyanos, izquierdas y derechas incurrieron, en mayor o menor medida, en la típica psicología petrolera, la "Petromanía". Las cifras, los pronósticos, las reservas y hasta el cuadro internacional era propicio. La ruleta de la historia apuntaba hacia México. Ser prudente o desconfiado parecía entonces —como todavía le parece al Presidente— signo de cobardía y torpeza. Todos fuimos víctimas o cómplices de la alucinación y esto atenúa en parte la responsabilidad del timonel. El proyecto petrolero pudo ser —a mi juicio lo fue—

un error histórico, pero el Presidente lo adoptó y ejerció abiertamente y sin inconsistencia con sus fines declarados.

El motín de los metecos

Hay otra pálida vertiente de justificación que López Portillo no empleó. No es un argumento político sino psicológico y cultural: el Presidente no pudo haber previsto la sumisión de un sector importante de nuestra burguesía pública y privada a los Estados Unidos. Un vistazo a su biografía aclara muchas cosas. López Portillo proviene de una vieja familia criolla, arraigada en la tradición española, ajena y recelosa del mundo sajón. Perteneció a una generación que nace después de la Revolución y su despertar político ocurre durante el cardenismo. Estas son sus circunstancias y su horizonte. Esta situación explica su temple crítico y su nostalgia revolucionaria. El México de su juventud es un México hosco, cerrado y orgulloso. La camada de López Portillo admira fervorosamente a los muralistas, simpatiza con el lomarismo, lee con avidez la novela de la Revolución Mexicana y mira con recelo cualquier elitismo o cosmopolitismo artístico o cultural. Viven en un museo de figuras revolucionarias, pero en un museo viviente. Consideran reaccionario el trabajo técnico de la generación de 1915 y la ven como herencia del callismo. Conciben a la etapa cardenista como una vuelta al origen de la Revolución. Aislados por la Guerra, por la industria o el simple desinterés no miran a Europa ni a los Estados Unidos. Su ideal de viajeros es América Hispánica, de allí que se hiciera célebre el viaje de Echeverría y López Portillo a Chile. La inmigración española los influye, pero no tanto como a otras promociones más jóvenes. López Portillo se acerca a Manuel Pedrosa y, según ha explicado varias veces, se vuelve hegeliano. Nada de esto lo hace perder el horizonte mexicano y cardenista. Los más jóvenes, los que lo seguían en la Facultad de Derecho, menos marcados por el cardenismo que por la Guerra, se vincularían de modo más abierto y cosmopolita a los transterrados españoles, y terminarían por configurar su temple e ideología en el París de 1950.

Este superficial bosquejo explica quizá el desencuentro múltiple y natural de este criollo mexicano y cardenista con el "American way of life". Es el Presidente que reestablece los vínculos diplomáticos con España, el autor de un "Quetzalcóatl", el primer mandatario que vindica a Cortés y la Malinche en un Informe. Se comprende quizá la rabia, el desprecio y la incompreensión que —como todo mexicano digno, con una mínima solidaridad y raigambre— debió sentir ante la dolarización cultural del país. Hay un capítulo divertido y doloroso en *La Tormenta* de Vasconcelos, "Metecos de Yanquilandia", que retrata puntualmente la actitud de miles de mexicanos en este sexenio. Estoy seguro que López Portillo lo habría hecho suyo:

Crearon la palabra meteco los atenienses para designar a todo género de coloniales y de extranjeros que llegaban a la Metrópoli a sumarse a sus costumbres, imitar sus gustos, pero sin producir valor alguno original que pudiese enriquecer la cultura...

Y se les vela en los lugares más costosos, haciendo papel de primos, compartiendo las extravagancias más

vulgares a fin de parecer enterados y muy convencidos de que se daban la gran vida, porque en la fonda más cara les servían —según criterio de tamaño— aceitunas gruesas e insípidas, o rebanadas de tomate, enormes, pero con un mal aceite de comer, al lado. Y todo engullido con tragos de gusto estrambótico; café con leche “helado” o té con hielo.

El meteco de Europa, el restacuerdo, aprende por lo menos a comer. Y es raro que se deje engañar en materia de vinos; se civiliza exteriormente. Nuestros metecos de Yanquilandia, se descivilizan, porque todo el refinamiento que podían adquirir en ciudades cultas como Guadalajara o México, se les vuelve ritmo de jazz y gesto de danza negroides así que han pasado un par de meses en los bailaderos de California.

Pedirá el meteco un vino caro, porque ve que es caro, pero no tiene preparado el gusto para gozarlo; esa preparación se obtiene a través de una vida metódica, intensa, civilizada... Y es que su temperamento no es de señor que ante todo procura asegurarse soberanía, protegerse la dignidad, sino de siervo...

Vasconcelos se refería a unos cuantos, mientras que López Portillo podría señalar a unas cuantas decenas de miles. La frase perfecta la oí alguna vez de la amiga de mi amiga mía:

—¿Porqué tienes casa en el Paso?
—Por si el país te falla

Como otros muchos mexicanos de pasaporte que viajaban a Houston semanalmente y consumían desde la pasta de dientes hasta el abrigo de mink en Estados Unidos, que quisieron ser norteamericanos en todo menos en el origen de sus fortunas, esta señora quizás ahora entienda el riesgo de fallarle a un país. El juego era cómodo: vivir entre México y Estados Unidos, con las ventajas de ambos países y sin sus desventajas.

Cada mexicano tuvo la alternativa ética de apostar por el país. Esta opción otorga un margen de justificación al timonel. Un margen, nada más. La política económica de un país no puede fincar en la psicología de un presidente. Al regalar prácticamente dólares, el régimen propició el motín. Bastaba el ajuste de paridad y su desconexión del índice de precios para evitar que Yanquilandia fuese negocio. Los metecos no atentan contra su propio bolsillo.

II EL TIMONEL

Faraonismo petrolero

“Soy el pararrayos y está bien”, dijo alguna vez López Portillo, admitiendo tácitamente su parte de culpa. Esta sinceridad, que por momentos llegó a la frase autolesiva, pudo provocar quizá un vacío de poder; también llegó a granjearle muchas simpatías populares al Presidente. El Informe, por el contrario, fue un despliegue de autoafirmación: “No hemos pecado —dijo categórico— ni como gobierno ni como país y no tenemos por qué hacer actos de contrición.” Las lágrimas hicieron ese acto de contrición por él. No hubo en todo el informe una sola frase autocrítica. Una admisión generosa, valiente, segura, de los errores del timonel era la alternativa humana, quizá no la política. Pero valía la pena intentarla.

No es posible tapar el sol con un dedo. El gobierno carga con una gran responsabilidad histórica en esta crisis. A las causas externas e internas que con precisión y justicia apuntó el Presidente, habría que agregar una, munda y lironda: la mala planeación económica. Era natural, si se quiere, que el gobierno se negara a seguir, al pie de la letra, las voces disonantes; no era el recoger siquiera en parte las ideas de quienes lo criticaban, e introducir un adarme de sobriedad y mesura en su proyecto. Más grave fue el desatender los ejemplos internacionales que anunciaban en bandeja los peligros. En el desastre iraní se vio más la locura de las huestes de Alá que la reacción contra la corrupta y deforme modernización que petrolizó el Shá. Por algunos expertos mexicanos se sabía que Noruega —país con una larga tradición democrática y un manejo eficiente de su economía— padecía graves trastornos causados por el banquete del petróleo: inflación de dos dígitos, caída de las exportaciones manufactureras, etc... Se conocía el caso de Nigeria y Argelia. Se insistió, no sin soberbia, que México evitaría la “Venezolanización”. México, pensaron los planificadores, sería la excepción. Aquí no habría intoxicación monetaria. En el sexenio de la planificación la historia los desmintió.

Hay cuando menos cuatro críticas generales que se pueden hacer al Plan Totalizador de López Portillo: la improductividad de las inversiones, su origen crediticio, el ritmo con que se ejercieron y el destino al que se aplicaron. El Plan y el Informe comparten un fetichismo de la inversión y el crecimiento como fines en sí mismos. Es obvio que crecer, invertir y emplear son metas deseables, pero el problema es cualitativo: *cómo, a qué precio, para qué.*

La productividad no es un criterio que se utilice comúnmente. Debería serlo. La fe proverbial en lo grande, en lo piramidal, en lo gigantesco se detiene poco o nada en la rentabilidad. ¿Cómo está el flujo de caja en esos barriles sin fondo que son Pemex y la CFE? Deuda —para extraer petróleo— para pagar la deuda— para extraer petróleo... El que las inversiones sean tangibles y se queden en México es un buen criterio de terrateniente no de administrador. Había alternativas de inversión distintas y mucho más productivas.

Si el gasto público se financia con impuestos no es necesariamente inflacionario. Este régimen hizo una apuesta temeraria: escogió financiarse con deuda externa y fincó sus presupuestos en el boom petrolero. Cometió exactamente el mismo error que el grupo Alfa. Como se sabe, alentados por la Alianza para la Producción, los empresarios regiomontanos comenzaron a comprar empresas al por mayor. No discriminaban. Adquirían fábricas de cuchillos, empacadoras, plásticos... Su límite era la Sección Amarilla del Directorio. Pagaban generosamente, sin demasiado regateo. Para administrar las fábricas contrataron cientos (o miles) de especialistas con grados en Universidades norteamericanas, dueños de un *curriculum* vasto y una experiencia nula. Los anticuados empresarios familiares cedían el paso a “una nueva generación” de tecnócratas con sueldos portentosos, oficinas portentosas y —único punto a su favor— portentosas secretarías. El dinero para la construcción de la enorme pirámide venía de bancos extranjeros. De pronto, el gran emporio explotó. ¿Las pérdidas tasas de interés? No: la simple y llana improductividad. La desmesura. La Alianza para la Producción fue una Alianza de Faraones.

Otro rasgo criticable fue la celeridad, las marchas for-

zadas. En 1976 había alguna justificación para crecer con inflación. El riesgo del estancamiento era demasiado grave. Pero hay un mundo de diferencia entre crecer al 6% o al 8%. Lo que es razonable a un ritmo, puede ser desquiciante a otro. El gasoducto fue un caso típico. Terminó haciéndose sin orden ni concierto, con enormes distorsiones, y con importaciones enormes y costosas. En general, no fueron pocas las voces que, desde distintas posiciones, aconsejaron al Presidente disminuir el sobrecalentamiento de la economía. Nunca las escuchó a pesar de que su propio plan prevía un período de consolidación.

El "pero" mayor es el destino de la inversión. ¿Porqué no se pensó en canalizarla, siquiera en parte, a equipar directamente al México pobre con una oferta pertinente a sus necesidades o incluso premiándolo con dinero en efectivo? ¿Qué gana el México marginal con el crecimiento de las inversiones gubernamentales en Laguna Verde? Gana una redención futura, simbólica y quizá imposible. Toda una corriente internacional de economistas y ecologistas sostiene desde hace tiempo la necesidad de replantear las premisas culturales y antropológicas de la planeación económica. Pero en México, fuera del importante libro de Gabriel Zaid *El Progreso Improductivo* y de algunas ideas de Leopoldo Solís y Enrique González Pedrero, la vía sigue siendo el crecimiento triunfalista del sector moderno que con el corazón en la mano espera que el sector tradicional lo alcance. El proyecto de López Portillo incluía todo: ferrocarriles, acero, energía nuclear, petróleo, petroquímica. La modernización total en un sexenio. Nunca se pensó en el destrozamiento del olvidado México tradicional (el ejemplo más dramático es el trastorno ecológico en Tabasco).

En términos particulares, el régimen incurrió también en golpes de timón inadecuados. ¿Por qué no introdujo, de tiempo atrás, un mayor deslizamiento en la moneda? Si una premisa fundamental del Plan era el precio del petróleo ¿por qué, si el precio se modificó no se modificó el Plan? ¿Por qué no se cerraron de modo continuo y consistente las grandes tiendas de autoservicio que no distinguían entre la paridad y el índice de precios? ¿Por qué, sobre todo, no se detuvo a tiempo la hemorragia de los dólares? ¿Por qué se tomó, "sobre las rodillas", la decisión del 30-20-10?

Curiosas devaluaciones del régimen. Devaluaciones desvirtuadas. Devaluaciones-revaluaciones. En Francia, Mitterand devalúa 10% el franco y arriesga, con realismo, su gestión y su futuro. En Estados Unidos Reagan se rinde a los legisladores que le obligan a modificar su política fiscal. Pero en México donde una función primordial del "Poder" Legislativo es controlar el gasto público, no hay quien limite al Ejecutivo. Qué caray, la Revolución hecha gobierno no puede aceptar derrotas: ni un Presidente Municipal de la oposición ni un capricho de la Ley de la Oferta y la Demanda.

Olvido del otro México

Hay cierta altura desde la cual todas las pirámides del mundo, incluso las de Keops y Marina Nacional, parecen "minucias". No lo son. En esto, López Portillo resultó más discípulo de Alemán que de Cárdenas. Instintivamente si se quiere, no sin ambigüedad o contradicción, Cárdenas quiso un México justo, plural, apegado a la tierra y a sus frutos, un país de individuos dignos. Alemán

prohijó la meta de un país urbano, progresista, industrial, cosmopolita y, sobre todo, triunfalista. El conflicto entre ambos no es el de un México obrero y un México capitalista, sino el del sector antiguo y el moderno. Como Presidente Cárdenas vivió entre dos extremos: el alma en el terruño, la mente y la lucha en la ciudad. Pero su ideal profundo era quizá el de un país como el que en 1940 pintó Gonzalo Robles:

Modesto pero equilibrado, sano y feliz, que viviera por tercias partes de su agricultura, de su industria y de su minería.

El gran vuelco de la historia mexicana, la verdadera pérdida de paso, ocurrió en 1946. En ese año México comenzó a desandar. Nadie como Frank Tannenbaum entendió la apuesta equivocada de aquel régimen, la creación de una casta, —una alianza— urbana de empresarios, burócratas y —hay que decirlo— obreros, que prosperarían a costa del México rural. Sus ideas fueron anatematizadas por derechas e izquierdas. Pero este amigo de Cárdenas que amó, recorrió y estudió a México como muy pocos mexicanos, tenía buena parte de razón. Al propio Cárdenas le faltó claridad para ver la contradicción entre los dos Méxicos. Su largo silencio habla quizá más de su perplejidad intelectual que de su prudencia política. Pero su filosofía moral es la que Tannenbaum resume en las siguientes líneas, publicadas en plena borrachera neoporfirista (1950) y ajenas a todos los presidentes desde Alemán hasta López Portillo:

Excepto los artículos industriales a bajo precio, vestidos, zapatos, herramientas y servicios, las cosas que la ciudad tiene que ofrecer son de poca importancia para las gentes del campo...

Económicamente, el abismo entre la población urbana y la rural continúa abierto, y acaso el problema es tan serio como era antes, aunque se halla encubierto por el esfuerzo general de reconstrucción del programa revolucionario. Vendrá un día, sin embargo, en que la Revolución estará superada y el cisma interno se revelará con claridad y seguirá siendo tan irremediable en sustancia como antes era.

El programa propuesto, de una inversión en gran escala para equipo de capital, como base para el desarrollo de una sociedad industrial, sólo puede realizarse sobre la hipótesis de un gravamen de costo mayor que el que el país puede soportar. Si el Gobierno mexicano desea confrontar el problema básico —el de encontrar medios de vida para su población rápidamente creciente— tendrá que arbitrar un programa alternativo, más en consonancia con las realidades mexicanas, un programa que pueda llevarse a cabo con mayor libertad y menor dependencia que la exigida por préstamos e inversiones extranjeras.

Reconozco que ello puede dar la impresión de una política de desesperanza, pero a menos que se ponga en juego un programa alternativo de esa naturaleza, las condiciones en México pueden ser lamentables, de aquí a una generación. Muchos mexicanos, y algunos aunque no todos los economistas profesionales, rechazarían esta conclusión. Sería infinitamente mejor para México, sin embargo, que volviera sus ojos a Suiza o

Dinamarca, como modelo, más bien que a los Estados Unidos y tratase de hallar la solución, sobre una base local, parroquial, en miles de pequeñas comunidades adaptando a ellas todo cuanto la ciencia y la técnica moderna puede ofrecer para que puedan satisfacer las necesidades de una pequeña colectividad, sin hacerlas cada vez más dependientes de un mercado nacional. No constituye ventaja alguna inundar estas pequeñas localidades con productos deficientes, de manufacturas que trabajan a elevado costo, cuando pueden hacer la mayor parte de las cosas que necesitan en sus propios pueblos y en los de las cercanías, con sus propias manos, con sus propias técnicas, y hacer productos sólidos, hermosos y útiles. Nada se consigue destruyendo la comunidad rural mexicana. Es la cosa mejor que México posee; allí está su fortaleza y su resistencia. La Revolución probó hasta la saciedad dicho aserto.

Lo que México necesita es enriquecer sus comunidades locales para lograr una producción agrícola cada vez más amplia, y aumentar la variedad y calidad de los bienes producidos por las artesanías locales, en cantidad suficiente para las necesidades domésticas y, además, para la exportación. *México necesita realmente una filosofía de cosas pequeñas.* La escuela rural mexicana fue eso en sus principios, y sobre tales cimientos deben continuar levantándose las nuevas estructuras.

Yo mismo tengo que confesar con pena que México ha perdido en gran parte el entusiasmo y la fe; el país está invadido por una tónica de cinismo, especialmente en las ciudades, donde tiene que arrancar el impulso primero para un programa de esta naturaleza. La gente de las ciudades, especialmente en la capital de México, y en particular los empleados de Gobierno viven en ella, querrían hacer las cosas de otro modo. Pretenden hacer grandes planes, conseguir enormes sumas de capital extranjero, organizar grandes industrias, descubrir la fórmula mágica que conduzca a la industrialización y tener una economía nacional servida por un mercado nacional a cualquier costo, aunque en lo íntimo de sus corazones sospechen que esto es, en lo fundamental, un sueño, imposible de realizar por la falta de adecuados recursos. Pero el afán de grandezas les ha invadido, y quieren copiar y hacer planes para lo imposible, aunque el México amado por ellos se sacrifique a su noción de "progreso".

Nada hay en esta propuesta que venga a negar la necesidad y la posibilidad del desarrollo industrial en México. La extensión y el carácter de semejante expansión económica sólo pueden ser revelados, sin embargo, por el tiempo y por la experiencia. Un sistema industrial es un problema de crecimiento, y no puede improvisarse. Sólo la experiencia mostrará lo que puede hacerse en un país con recursos limitados, capital insuficiente, falta de experiencia industrial y del "sexto sentido", que sólo viene con el tiempo, para no referirnos a los inconvenientes que encierra una población cuyas tradiciones, hábitos y actitudes distan mucho, psicológicamente hablando, de los de mano de obra manufacturera. Queda por probar que todos estos obstáculos pueden ser superados de la noche a la mañana por la intervención del Gobierno, y también que dicha intervención no será en sí misma, un impedimento a la rápida industrialización de México.

No se trata de argüir aquí contra la política actual. Nos limitamos a señalar el hecho de que su virtualidad está en tela de juicio, y su eficiencia tiene que probarse. Aunque lo logre, aun suponiendo las mejores condiciones, no podrán o no querrán atender las necesidades generales del país si se persigue el logro de un industrialismo en el sentido de crear un gran mercado interno y una gran industria de exportación. Si se procediera juiciosamente, la industria mexicana sería aceptada como suplemento de una economía agrícola, y el acento descansaría sobre la energía maravillosa y la capacidad cohesiva de la comunidad rural. Se usaría la colectividad del campo en su plena extensión, vigorizándola con la técnica y la destreza de la ciencia moderna en su aplicación a pequeños sectores. México, estoy convencido, puede alcanzar su desarrollo cultural y económico más pleno sólo adoptando una política consustancial a su verdadero genio: el robustecimiento de la comunidad local. Cualquier plan que destruya la vitalidad de la comunidad rural mexicana tendrá trágicas consecuencias y repetirá el caso de los tugurios de la primera época industrialista, sin cumplir la promesa de una producción incrementada que procure ocupación y sustento a los cincuenta o sesenta millones de mexicanos que habrán a fines de siglo si continúa el ritmo actual de crecimiento demográfico, como probablemente ocurrirá durante las dos generaciones inmediatas.

Hasta aquí Tannenbaum. No se ha cumplido aún enteramente su profecía. Todavía no se escribe la última palabra sobre nuestra difícil industrialización. Quizá Tannenbaum fue demasiado pesimista. Quizá nazca un nuevo impulso de actividad en el empresario privado y público que nos permita dar el gran paso adelante. Creo que el consejo de equilibrio, pertinencia, coherencia y sobriedad de Tannenbaum sigue vigente y es el que pide la mayoría del pueblo mexicano. El alemanismo y sus sucedáneos históricos corregidos —ya sea de izquierda o derecha— comparten dos cosas: una fe absoluta en el "Progreso" y una absoluta incapacidad de poderlo ofrecer al México rural, al México antiguo que no tiene representantes sindicales, cuentas de ahorros, hipotecas bancarias..., al México no piramidado. Como todos los regímenes a partir de 1940, el de López Portillo ha tenido poco que ofrecer al México marginal además de perdón y lágrimas.

La corrupción fueron todos

Hasta aquí las fallas son intelectuales: de comprensión, previsión, claridad y prudencia. Pero el timonel incurrió también en una responsabilidad moral: no detuvo la corrupción. Una sola vez mencionó en el Informe haberla "combatido hasta el escándalo". Esta parquedad revela, por omisión, la realidad: en este sexenio la corrupción creció en proporción geométrica.

Si alguna calda histórica ha sufrido México es la de la corrupción. Nadie recuerda ahora la moral republicana de los liberales que predicaban no con la palabra sino con el ejemplo. De Porfirio Díaz pueden decirse muchas cosas, pero no que fuera corrupto. Cierto, dio negocios y prebendas a los Científicos y prohijó una bárbara acumulación y un saqueo despiadado con la Ley de Baldíos. Pero lo hacía, al menos en parte, por las mismas razones

ideológicas que guiaron a los liberales en la política de desamortización.

La era revolucionaria fue el siguiente paso atrás. Es sabido que los carrancistas eran llamados "consusuñalistas". El apodo refiere claramente a la avidez presupuestal de aquella clase media en el poder. El período carrancista es defendible por su política internacional e interna, pero no por su limpieza. Los sonorenses empezaron bien y acabaron mal. Por testimonio de algunos miembros de la Generación de 1915, sé que durante los primeros años de De la Huerta y Obregón no hubo corrupción directa —uso de fondos públicos. Con todo, el historiador alemán Hans Werner Tobler ha documentado hasta la saciedad el gozoso reparto de haciendas que prohijó la Revolución. ¿Fue corrupción o motín de guerra? Durante el callismo, el Banco de México y, sobre todo, el Banco Nacional de Crédito Agrícola comenzaron a extender préstamos de favor a los nuevos dueños de la casa, comenzando por Calles, Obregón, Amaro y compañía. La frívola corrupción en el maximato presagió la del alemanismo. Cárdenas y —casi— todo su gabinete entraron y salieron limpios. Iván Camacho fue un presidente caballero con un hermano que no lo fue tanto, pero el gran viraje lo dió el régimen siguiente. En punto a corrupción, como en otras cosas, el alemanismo fue una vuelta al porfiriismo. En 1948 una caterva de neociéntíficos sacaba, como en 1905, jugosas concesiones al ejecutivo. La novedad histórica fue que además de sacar concesiones para hacer pesos, sacaba pesos para hacer pesos. Con todo, se trataba de un dinero que pocas veces salía del país y que casi siempre se invirtió en empresas productivas.

El ejemplo prosperó de modo creciente en cada sexenio, con excepción parcial del de Ruiz Cortines. Cada seis años salía del esforzado servicio público una camada con dinero suficiente para becar a sus tataranietos. Esta *manía* se fue expandiendo cuantitativamente pero no alcanzó, hasta 1970, un ritmo exponencial. El sexenio de Echeverría presenció un nuevo "salto cualitativo" en nuestra regresión moral. Entre 1970 y 1976 ya no sólo robaban en grande el funcionario y sus adláteros, sino el oscuro contador de la más oscura empresa estatal. Toda una clase política adoptó el fácil, rápido y cómodo sistema de enriquecimiento: tómelo, es suyo. El país como tajada. "La Revolución le hacía justicia" ya no sólo a unos cuantos, sino a unas cuantas decenas de miles, entre los cuales no faltaban hijos predilectos de la burguesía privada que no soñaban ya con el negocio propio sino con un puesto más jugoso en prestigio, poder y dinero.

Peró aquel dinero se quedaba todavía en México. No eran muchos los que depositaban sus centavos en el extranjero. Al principio del período actual se encarceló a unos cuantos, pero después, con la euforia petrolera, se quitó el dedo del renglón. La corrupción dolarizada se generalizó. ¿Quién no sabe de las fortunas que sacaron del país algunos funcionarios públicos? La propia y extensa familia de López Portillo no dio precisamente, en los puestos públicos, cátedra de austeridad. La prensa internacional publicó nombres y datos pero aparte de algún coscorrón y uno que otro jalón de orejas, el Presidente no movió un dedo.

El "agradecimiento" de mil dólares que Nancy Reagan dio a una inocua revista japonesa le valió el puesto a Richard Allen. Por abrir una cuenta de menos de mil dóla-

res en el extranjero, la esposa de Itzhak Rabin le arruinó la carrera política a su marido. Los diamantes de Bokassa hundieron a Giscard d'Estaing. Pero México es inmune a esas "minucias". Aquí un funcionario es un jeque.

"Ni México ni ningún otro país tiene recursos para nutrir y resistir indefinidamente a la especulación" dijo el Presidente en el Informe. Con la misma justicia pudo haber repetido la frase rematando con la palabra "corrupción". Los saqueadores fueron públicos —el dinero ajeno a la bolsa y al extranjero— y privados —el dinero propio al extranjero—. Todo México lo sabía, lo sabe. Aún es tiempo de que el Presidente López Portillo corrija este error y se castigue a los culpables. Lo que hace 35 años escribió Cosío Villegas sobre la corrupción es verdad, ahora más que nunca:

ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida misma de la Revolución Mexicana.

III GOLPE DE TIMON

Un sexenio de tres meses

Nunca dudé de la sinceridad del Presidente ni de la coherencia interna de sus actos. No es un hombre de doblez. No es —como Echeverría— un político a la mexicana, y quizá tampoco un político a secas. Pero sus desplantes de fuerza, sus despliegues atléticos y sus exabruptos parecían sugerir cierta fisura. Repensando sus pensamientos y observando sus actos, me hice una imagen biográfica y generacional que busca comprender antes que juzgar su responsabilidad en la crisis. Su mayor acierto sexenal fue, en el fondo, de orden moral: no mató, no persiguió, gobernó pacíficamente y llevó a cabo la Reforma Política. En su faraonismo petrolero hay tal vez la proyección de un carácter que busca compensaciones desmesuradas e instantáneas, pero aquí su responsabilidad es compartida: es un rasgo común a todos los presidentes desde Alemán a nuestros días. Quizá tenga sus orígenes en los ensueños imperiales de la Colonia, o antes aún, en los aztecas. López Portillo encarnó de nuevo esa malhadada vocación de grandeza, pero no la inventó. Pensé, en suma, que es un hombre complejo en quien confluyen, no siempre de modo armonioso, ríos de identidad e historia. Pero me convencí de que, a pesar de todo, su imagen histórica no estuvo nunca en peligro de caer en los abismos de sus antecesores. El pueblo no perdonó a Calles y a Díaz Ordaz porque no salieron limpios de sangre. "Esa gente buena del pueblo que todavía aplaude y saluda cuando pasa el Presidente", creyó en él, de modo espontáneo, aún antes del Informe.

Le faltó firmeza en el manejo de la crisis, al menos desde la caída de los precios petroleros. Una cosa es la cólera y otra la firmeza: sus reacciones inquietaron, no convencieron. Más tarde, el Presidente no midió su fuerza e incurrió en la depresión y la autodevaluación. Sin estar acorralado por la historia, imaginó estarlo. No apreció a tiempo que en México, desde que es México, el Presidente tiene un poder immanente similar al de la Virgen de Guadalupe. Olvidó sus aciertos, sintió quizá que todo el edificio de grandeza se podía desmoronar, temió el veredicto de la posteridad en sus descendientes y, por momentos, muchos pensaron que perdía el timón.

Debió sentirse solo como tantas veces dijo. La realidad es que no lo estaba tanto. En las elecciones del 4 de julio no vio más que un "hermoso espectáculo". Fueron algo mejor y distinto: la expresión democrática del pueblo. En la calle, a pesar de la crisis, la vida seguía, aunque la clase media y la trabajadora sentían frustración, tristeza y desconcierto. Hubo algunas señales de pánico. No muchas ni generalizadas. Alguien le predicó una medicina total e instantánea para él y para el país, un despertar mágico que convirtiese el pasado inmediato en una pesadilla atroz y superada. Un solo golpe de timón lo arreglaría todo. Un sexenio de tres meses comenzaría el 10. de septiembre. En ellos el país se reconstruiría y la figura histórica del Presidente alcanzaría la gloria que todos los Presidentes, absolutamente todos, anhelan. La gloria histórica, la Presidencia perpetua.

De haber predominado la humildad y la inteligencia, no la pasión, el Presidente habría decretado *mucho antes* medidas pertinentes de auténtico realismo, sensibilidad e incluso de fuerza. Se habría contenido la hemorragia de desnacionalización. Se habría pagado en parte la deuda y evitado el descrédito financiero internacional. Pero ya pasadas las elecciones, a tres meses del cambio de poderes, su deber histórico era *aliviar el tránsito* al 10. de diciembre. Esa era la tradición mexicana. Cárdenas, popular en 1938, se tragó la plórida de su relativa y fugaz impopularidad un año después, designó un Presidente moderado y contrario a sus más íntimas convicciones y lo protegió hasta el final. A partir de esa renuncia al "Cardenato", Cárdenas guardó un silencio que no le restó influencia y que engrandece su figura sobre todos los Presidentes mexicanos. Rehusarse de convertirse en Jefe Máximo, no sólo en el período presidencial siguiente sino en el traslape con el destapado, ha sido una constante del sistema. Cuando Echeverría fue a la Universidad Nicolaita y guardó un minuto de silencio por los muertos de Tlatelolco, Díaz Ordaz no movió un dedo a pesar del consejo en contra de García Barragán. Por testimonio de López Portillo se sabe que, en circunstancias similares a las de estos meses, y con la *carta del petróleo*, Echeverría se plegó a algunas condiciones expresas de López Portillo.

¿Las medidas del 10. de septiembre rompen la tradición? Seguramente sí. Aliviar el tránsito y aún encauzarlo no habría implicado inmovilidad o silencio sino prudencia y firmeza, alas y plomo. Era necesario que el Presidente señalara el motín de los "sacadólares" y diese las cifras terribles que dio. Pero para esa reivindicación fundamental hubiese bastado el control de cambios —si bien con modalidades adecuadas a nuestra circunstancia— y un vasto proceso judicial, por la vía fiscal —en su caso— o la Responsabilidad Civil, contra "sacadólares" públicos y privados. De haber sido consistente con la tradición de estafeta presidencial, López Portillo habría limitado su última comparecencia a una firme, valiente y efectiva vindicación nacional sin "sobrecalentar" la política y la economía.

Reparado en principio el agravio nacional y cerradas las válvulas de escape, lo urgente habría sido tomar medidas que preparasen el terreno para la austeridad que tendrá que venir si los mexicanos queremos seguir viviendo de cara al mundo y en un régimen de libertad. De haber sido fiel a la tradición, el Presidente habría renunciado a

"la fácil tentación populista" —la frase es suya. Y, lo que es decisivo, se habría rehusado a levantar expectativas económicas y políticas que el gobierno futuro —ya sin la carta petrolera— no podrá cumplir sin una cuota mayor de sufrimiento e impopularidad.

El campo nunca fue su campo

Nadie ama a sus acreedores, pero en México ha habido razones que acrecientan el rencor hacia los banqueros. A fines de los treinta presionaron para reformar la estricta Ley del Banco de México de 1936 e introducir procedimientos crediticios que provocarían la inflación y con ello su enriquecimiento. Todo el mundo sabe cómo estos barones apoyaban prioritariamente sus propios negocios en detrimento de los pequeños ahorradores y empresarios. Nadie les conoció el más leve acto de beneficio social. Hacían negocios fabulosos con los gastos de representación. Practicaron —igual que los jeques políticos— la gozosa dolarización. Usaron y abusaron de una publicidad repugnante basada en una palabra repugnante: *Todo* (Todo con el poder de su firma, todo un océano de posibilidades, *Todo* cabe en un Plancomer). Despreciaron casi *todo* lo que tuviese que ver con educación y cultura. ¿Dónde hay una carretera donada por un banquero? ¿Dónde una institución mexicana parecida a la Rockefeller? Con *todo*, económicamente se justificaba, tal como se hizo, la estatización?

Imposible saberlo a corto plazo. Aisladas de su contexto político, las medidas que presentó el nuevo Director del Banco de México, Carlos Tello, son en teoría maravillosas y lo serán en la práctica si no convierten a la banca —como es más que probable— en un sector subsidiado. ¿Quién puede criticar el incremento a los ahorradores que percibían un ridículo 4 1/2 por ciento, el destierro de las caprichosas comisiones, el apoyo a los deudores hipotecarios? El meollo está en el costo. ¿Cuánto costarán estas medidas? Hay quien calcula que la banca requerirá decenas de miles de millones de pesos como subsidio anual para cumplirlos. No se ve otra forma de obtenerlos más que echando a andar la maquineta que imprime billetes, lo cual provocará una mayor inflación. Y como todo el mundo sabe —menos los teólogos que la orquestaron— la inflación la pagan los verdaderamente pobres.

Otro riesgo económico posible es la politización del crédito. La banca privada tenía muchos defectos pero no el de ineficiencia. Un sistema efectivo de tamicos disminuye las posibilidades de error o corrupción. Esto podría cambiar con el dedazo y la ineptitud. Habrá también, quizá, un fenómeno de relativa "anomia" en los funcionarios bancarios intermedios: el cambio de un burócrata privado que se siente empresario y practica la competencia con otros bancos, al *status* de burócrata público centralizado. Con todo, estos riesgos no son fatales. El gobierno ha sido mejor banquero que industrial: allí están Somex, Nafinsa, Banco Internacional y, desde luego, el Banco de México para probarlo. (Aunque también está la otra escuela: la del Banrobas y el Bandidal).

Pequeña proposición: una posibilidad interesante para la banca nacionalizada sería convertirla en vanguardia de la descentralización administrativa. Mandar un banco a un Estado, otro a una región o a un conjunto de municipios. Que el campo, también sea su campo.

Psicodrama nacional

En la gran movilización política que siguió a las medidas, algunos profetas han visto una vuelta al origen del México verdadero. La verdad es un poco distinta: quien volvió a su origen no fue México sino el Presidente López Portillo. Todo el país ha debido jugar un papel en este periplo personal. Hegel *dixit*: sólo lo Presidencial es real y lo real, presidencial.

Con el cardenismo hay un cierto paralelo, aunque no exclusivo de ese periodo. Del 10. de septiembre en adelante México presenció la renovación de un pacto tan viejo como la Casa del Obrero Mundial entre dos entidades que reclaman para sí el monopolio exclusivo de la mexicanidad: el Estado y la gran pirámide sindical. Por otra parte, sin haber, como en 1938, un enemigo externo, presenciábamos una renovada inducción vertical de nacionalismo. Este celo puede ser peligroso. Orwell decía que el patriotismo suele ser un acto defensivo, una devoción. En cambio el nacionalismo es siempre voluntad de poder. Recuérdese que "My country right or wrong" ha sido la justificación de muchos y no muy remotos crímenes colectivos.

Aquí terminan los paralelos. Hay también muchas novedades ominosas e innecesarias. Un populismo que, como todo populismo, tiende al desenfreno demagógico, y, lo que es más grave, un culto a la personalidad desconocido en México y ajeno a la adusta moral cardenista. Casi un peronismo. Los 20 millones de votos el 4 de julio fueron votos espontáneos y dan fe de un acto democrático. El millón de personas que concurrieron al zócalo fueron en su mayoría acarreados y dan fe de un acto de populismo. Parecería que el Presidente López Portillo buscara recuperar el tiempo perdido como si estuviese en campaña. El Destapado de sí mismo. Las medidas que tomó acrecientan su poder personal y el del grupo político que lo acompaña en este último trecho. Pero desgraciadamente se ha hecho un reparto generalizado —y quizá calculado— de expectativas para la clase media. Si el siguiente régimen no logra colmarlas, provocará suspiros por el anterior —y por el anterior al anterior.

A nadie asusta la estatización del crédito en un país como Francia donde existe toda suerte de contrapesos y viglas para su marcha eficiente y controlada. En Francia no hay riesgo de desembocar en un Estado corporativo o con tonalidades totalitarias, porque existen partidos vivos, representativos e independientes, porque hay un Poder Judicial ajeno al Ejecutivo, una prensa libre, plural y profesional, e intelectuales no-orgánicos del Estado. Hay, en suma, una sociedad civil con voz y voto, y cuya principal vocación es la democracia. En México existe también una sociedad civil con esa misma vocación, pero no hay diques que contengan la irresistible inundación estatal. En México no hay opinión independiente porque el Estado ha integrado todos los disonancias. Si hay un dogma común al intelectual, al diputado, al jurista ideológico en este país, es el dogma de la preminencia ontológica del Estado sobre la sociedad civil: la *estatolatría*. El Estado patrimonialista es la nación. Así, aunque más de 20 millones de mexicanos voten, un estentóreo y por parte del Estado provoca la inmediata caravana de la corte.

Nada de esto significa una defensa de la banca privada. Lo que ha ocurrido es hasta cierto punto natural: la

burocracia madre absorbe burocracias afines. Lo que me preocupa es el avance del capitalismo burocrático centralizado. Y mucho más, me preocupa el tono agresivo e intolerante del *nuevo* nacionalismo estatal. Es contrario a una vida pública y económica sana y responsable porque puede deprimir a la iniciativa individual y social de los mexicanos, porque puede favorecer una mentalidad becaria y servil, porque puede fortalecer al Estado a tal punto que, con un leve giro, anule las libertades.

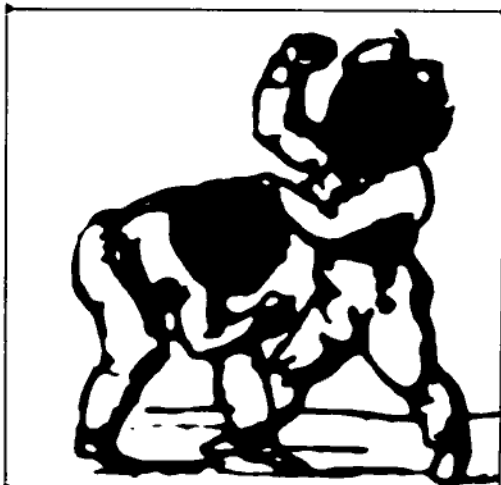
IV EL HORIZONTE

Reconstrucción

El Presidente tenía razón: hay que reconstruir el país, pero no en tres meses sino en una década o más. México deberá hacer frente a una deuda enorme, rehacer su crédito internacional, replantear el modelo de desarrollo tomando en cuenta al sector tradicional y no piramidado (el verdadero México pobre), proponerse metas asequibles e igualitarias, trabajar con realismo, austeridad y eficacia. Quedan recursos humanos y materiales suficientes para crear ese México "modesto pero equilibrado, sano y feliz, que viva a tercias partes de su industria, su agricultura y su minería".

A la condena nacional contra los "sacadólares" debería seguir —en buena lógica— una condena nacional contra los corruptos. La sociedad apoyaría con entusiasmo una amplia acción judicial contra los funcionarios enriquecidos. Es una curiosa paradoja que la Constitución otorgue fuero y protección a los jeques políticos: los artículos 108o. al 114o. provienen de la Constitución de 1824 y la Constitución de 1857, y todos son de clara inspiración sajona (para ésto sí somos liberales). Nuestra Ley de Responsabilidad es más bien una ley de impunidad. Pero aun dentro del marco frágil de esos artículos cabe un juicio escrupuloso, amplio y rápido. (De paso no vendría mal una reforma a la Ley).

Sería conveniente también desterrar del discurso y la conducta oficiales el populismo, el resentimiento, la satanización, la moralina "revanchista", violenta y polariza-



dora. La palabra clave es *positividad*. Ninguna iniciativa individual y social, ninguna creatividad o confianza prosperaría sin ella. El discurso negativo y prepotente provoca depresión y cinismo, no trabajo.

En política económica habría que aprender de pasados errores e introducir criterios, no de crecimiento sino de productividad: evitar el progreso improductivo, favorecer la oferta de bienes de capital baratos y pertinentes para el México más pobre. Este cambio en la oferta es fundamental, y no importa quien lo lleve a cabo: el Estado o la iniciativa privada. Lo importante es hacerlo.

A partir de un nuevo ciclo, el Estado tendría que intentar lo más difícil: construir sus propios límites y profundizar la Reforma Política. La lista de metas es larga: auténtica autonomía municipal y auténtico federalismo; una Cámara de Diputados donde los representantes ejerzan, así sea pálidamente, la independencia de los liberales de la Reforma y vigilen el gasto público (una lectura de *La República Restaurada* ayudaría mucho); una prensa profesional, plural, que informe sobre los hechos, no los fabrique; medios de comunicación plurales que diviertan, instruyan, informen y se abstengan de procrear metecos; intelectuales que no confundan el homenaje y la protesta con el análisis y la crítica y que aprecien más la verdad que el dogma o la chamba. Un Poder Judicial —pieza clave— absolutamente independiente, que destierre la increíble manía del besamanos presidencial, y sirva de auténtico vigía y vallador de la burocracia pública. Una Presidencia firme, inteligente y conciliadora; un liderazgo ético que afirme la fe en México sin caer en la xenofobia y el enclaustramiento; que busque la igualdad efectiva y no simbólica; que ejerza un plebiscito cotidiano a todo lo largo del país. Un Presidente que, sobre todas las cosas, gobierne, en verdad, con el ejemplo. Tradicionalmente, en México lo permisible para el Presidente y su familia se vuelve permisible para la Sociedad. El tono futuro debería ser de austeridad sin puritanismo.

Reencuentro

En 1946 Daniel Cosío Villegas escribió:

México principiará a vagar sin rumbo, a la deriva, perdiendo un tiempo que no puede perder un país atrasado en su progreso, para concluir en confiar sus problemas mayores a la inspiración, la imitación y la sumisión a Estados Unidos, no sólo por vecino, rico y poderoso, sino por el éxito que ha tenido y que nosotros no hemos sabido alcanzar. A ese país llamaríamos en demanda de dinero, de adiestramiento técnico, de caminos para la cultura y el arte, de consejo político, y concluiríamos por adoptar íntegra su tabla de valores, tan ajena a nuestra historia, a nuestra conveniencia y nuestro gusto. A la influencia norteamericana, ya de por sí avasalladora, se unirían la disimulada convicción de algunos, los francos intereses de otros, la indiferencia o el pesimismo de los más, para hacer posible el proceso de sacrificio de la nacionalidad y lo que es más grave aún, de la seguridad, del dominio y de la dicha que consigue quien ha labrado su propio destino.

Un sector de la burguesía pública y privada, acompañado y coreado por una porción de la clase media, y aus-

piciado en bandeja por la política financiera y económica del régimen, iba en camino de cumplir la profecía. Pero la sumisión no fue nunca global ni mucho menos definitiva. En ocasiones —como en la vida académica— no fue siquiera sumisión sino un vínculo fructífero. Las mayorías mexicanas no sufren crisis de identidad ni se definen negativamente, en oposición a lo norteamericano. México existe, positivamente, gracias a ellas.

Por lo demás la enorme deuda y las nuevas circunstancias económicas harán imposible el sacrificio de la nacionalidad: México no tendrá otra salida que salir y quizá alcanzar el “dominio y la dicha de quien labra su propio destino”. Pero ni para ello, ni para afianzar la nacionalidad es necesario que el Estado crezca. La identidad mexicana es mucho más que los símbolos estatales, es un conjunto de valores éticos, religiosos, estéticos e intelectuales: es una cultura. No hay que protegerla sino de sus protectores.

Lo que sí hará falta es algo distinto: admitir que las tendencias políticas e ideológicas estatistas —vestidas con la piel de oveja del nacionalismo— han arrasado la identidad de pueblos enteros. Se puede disentir de la estatolatría que usurpa el nombre del socialismo y seguir creyendo en la posibilidad de una sociedad libre, justa y solidaria. En este sentido las palabras recientes de Jacek Kuron —antiguo dirigente del KOR y miembro distinguido del Sindicato Solidaridad, ahora preso— deberían servirnos ahora más que nunca como advertencia:

...la vida pública y la economía de Polonia estaban enfermas de muerte. La enfermedad era la administración centralizada, única ruta de organización de la actividad y la iniciativa social. Los actores del proceso social no tenían por tanto influencia en su desarrollo o sus demandas. Esta era la causa de la enfermedad.

La zalamera corte de estatistas mexicanos haría bien en preguntarse por su propio papel: no representan la medicina sino la enfermedad.

Sobre el quieto subsuelo indígena, dos corrientes paralelas recorren el alma mexicana: la conservadora y la liberal. En el Siglo XX nos alcanzó un nuevo y poderoso afluyente: el de la justicia económica y social. ¿Cómo conciliarlos? Países sin profundidad histórica como Estados Unidos y Argentina no tienen pasados por conciliar... porque no tienen pasados. Viven una perpetua adolescencia histórica, buscando quemar etapas, siempre de cara al futuro para alcanzarlo alguna vez y construirse, al fin, una filiación de la cual partir: un pasado.

Nosotros lo tenemos y en una crisis como ésta deberíamos volver naturalmente a él. Es nuestra fuente de sabiduría. Si sabemos reconocerlo, lo hallaremos hoy mismo, en la calle, en la cultura e identidad de los millones de mexicanos que no tienen voz. Nada firme construiremos sin contar con ellos, sin escucharlos. De allí que nuestra única alternativa de reconstrucción deba partir de la sociedad civil que atesora el pasado. De allí que nuestra única opción histórica sea respetar y ejercer la libertad política, el derecho y, sobre todas las cosas, la democracia.